# Salud entre rejas

## Con cien consultas diarias y el 75% de pacientes con problemas mentales, lidian con la gripe, las lesiones y el dolor. Hay mucho dolor. EL CORREO entra en la enfermería de la cárcel de Álava

ROSA CANCHO

**VITORIA.** El perfil del preso de la cárcel de Álava ya no es el del toxicómano devastado por graves enfermedades como el sida. Hoy, el alcohol y la droga siguen teniendo mucho que ver en los historiales delictivos de buena parte de los internos, pero sus problemas de salud más graves son, en general, mentales. «En los 80 y 90 las principales causas de muerte de un interno eran las tres S: sobredosis, sida y suicidio. Hoy son las mismas que las de cualquiera de nosotros, esto es, las tres C: cáncer, corazón y coche», describe el director del centro penitenciario de Álava, Benito Aguirre.

La prisión deja que EL CORREO entre en su enfermería y vea cómo es un día en la vida de los 24 médicos, enfermeros, auxiliares de enfermería y farmacéuticos que velan por la salud de los 669 reclusos –sólo 72 son mujeres– que cumplen su pena en el presidio. Y de entrada surge 'la pregunta': ¿hay que dar buena atención a quien ha asesinado? Aguirre no duda. «Nuestra misión es que mientras estén aquí, privados de libertad, tengan los mismos derechos a la salud, la educación, formación, relaciones sociales, ocio o información que el resto». El reto: intentar su reinserción.

«Ante todo, somos sanitarios. No solemos preguntar el delito que han cometido y en aquellos en que es conocida la causa de su ingreso separamos totalmente una cosa de la otra. Nuestra función no es ejecutar el 'ojo por ojo'. El juez es el que le pone la condena. Ya sabemos que aquí ninguno está 'por ayudar a una viejecita a cruzar la calle', así que si tuviésemos prejuicios acabaríamos sin atender a nadie». Y esta es la declaración de principos de Asier López de Arcaute, responsable de la unidad de atención primaria de Zaballa. Muestra cómo se organiza un equipo cuya labor es fundamental en el campo de la salud pública, porque son los encargados de contener la propagación de enfermedades infecciosas y de curarlas. Fueron claves en los años más crudos del sida y la hepatitis y hoy, cuando el VIH afecta ya sólo al 5% de la población reclusa y sólo tres internos tienen hepatitis C, lo son frente a las de transmisión sexual o la tuberculosis. Pero bastante más. Entre rejas son referencia para los internos, que a veces inventan males sólo para buscar un minuto de desahogo.

Las mañanas son intensas en el centro de salud. Fuera están las alambradas, las cámaras, las puertas de seguridad, pero en el interior impera la normalidad. A cota cero están las consultas de médicos de familia y enfermería, la de ginecología con ecógrafo, la del dentista y la de la videoconferencia para las consultas de telemedicina. También el control de seguridad. En el piso de arriba, las camas de hospitalización.

### Cribados y telemedicina

Se acerca la hora de comer y hay pocos internos por los pasillos, pero López de Arcaute asegura que se atienden unas cien consultas al día. Hasta el año 2011, la salud dependía de Instituciones Penitenciarias y ese año Osakidetza tomó el mando. El

▶ **Cien al día.** Médicos y enfermeras atienden a diario en la cárcel. En la foto, Asier López de Arcaute explora a un paciente. :: REPORTAJE DE **IGOR AZIPURU**

◀ **Casi normal.** Entrada al centro de salud. Abajo, poniendo a punto la farmacia.

▲ **Una a una.** Detalle de cómo preparan pastilla a pastilla cerca de 400 prescripciones al día.

personal sanitario se integró en el servicio vasco y aboga por que el resto de centros penitenciarios puedan hacer lo mismo con sus enfermerías. «Poder tener acceso a la telemedicina o al historial clínico digital de cada paciente es una gran mejora», reivindican, tras insistir en que el trabajo antes de 2011 fue de calidad. Acaban de recibir un premio por aplicar el programa de cribado de cáncer de colon y esta semana dan charlas 'antitabaco'.

De lunes a viernes abren cinco de las consultas y durante la tarde y noche hay guardia para urgencias. Los fines de semana y festivos también hay un equipo integrado por médico, enfermera y auxiliar. En el día a día les toca lidiar sobre todo con epidemias como la de la gripe, lesiones por deporte o peleas y el dolor. Hay mucho dolor. «Este no es un centro de salud al uso. Yo reinvindico el papel de la enfermería comunitaria. Además de lo físico, está lo emocional y es muy importante la problemática social, la exclusión. Tienen necesidad de hablar, de contacto, de que les contemos qué pasa en la calle», relata Rafa Velasco. Lleva 21 años como enfermero de la cárcel y tiene piel de acero. Paradójicamente, dice, pese a tener pacientes conflictivos, «no sufrimos agresiones».

**LA CLAVE**

**1.607**

**veces acudieron los presos al especialista, en 224 ocasiones hubo 'teleconsultas' y se tramitaron 76 ingresos hospitarios. Han sido premiados por su programa de detección precoz de cáncer de colon.**

Asier López de Arcaute

**«Si tuviéramos prejucios acabaríamos por no atender a nadie»**

Rafa Velasco

**«Tienen necesidad de hablar, de contacto, de que les contemos qué es lo que pasa en la calle»**

### El daño del cannabis

La edad media de los presos supera los 40. La población reclusa, como la libre, envejece y hay internos octogenarios. El más anciano tiene 89. También hay presos en silla de ruedas. Pero a los médicos les preocupan sobre todo los jóvenes. Llegan a la cárcel cada vez más casos de delincuentes con «deterioro cognitivo» por consumo de drogas «socialmente permitidas» como el cannabis o los psicofármacos. «Fuman diez porros al día y piensan que no son adictos».

Por eso es tan estrecha la relación con la Red de Salud Mental de Álava, que también cuenta desde enero del pasado año con consulta en la cárcel. Valentina Ivanova es la psiquiatra que trata de poner orden en sus cerebros. «El 75% de los reclusos tiene algún trastorno mental, en muchos casos grave y crónico», explica. La especialista se encarga también de las terapias grupales, de evitar los suicidios, del programa de metadona y de coordinar se con la asociación Lur Gizen que trata las adicciones.

Entre todos logran una adhesión a los tratamientos que fuera de rejas es a veces imposible. Tienen el apoyo de dos farmacéuticos, quienes controlan el elevado consumo de psicofáramacos (casi el 60% de los internos los necesita). Los enfermeros tardan horas cada día en preparar una a una las dosis para cada paciente hasta sumar 360 sobres de medicamentos al día. «Somos el pilar del centro», dice Maite Nogales, responsable. Sonríe, como el resto del equipo. «Hay quien al principio tiene reticencias o miedos infundados, pero luego le gusta trabajar aquí. Somos la cara amable de la cárcel», señal López de Arcaute.

## «Están muy pendientes de mí; ahora son mi salvación»

:: **R. CANCHO**

**VITORIA.** «Hay pocas mujeres presas, pero llegan con una vulnerabilidad mucho mayor, con muchos problemas de salud, por las adicciones o por haberse visto obligadas a prostituirse», explica Asier Lopez de Aracute. M., de 43 años, de una de esas chicas presas, frágil, sin suerte en la vida. Convalece de una agresiva intervención quirúrgica por un cáncer causado por el papiloma humano. Apenas puede sentarse y necesita curas a diario. Cuenta que ingresó en la cárcel cuando había tocado fondo tras haber perdido primero a su padre, luego a su pareja y después su casa en un incendio. «Me escondí en la droga. Me vino bien venir aquí, porque no sabía salir de mi situación. En la calle no hubiese tenido estos cuidados. Están muy pendientes de mi, ahora son mi salvación».

I. tiene 50 años y es alto, muy alto. Entra y sale de Zaballa desde hace 21 años por delitos continuados de hurto y robo. Otra vez la droga. Ha llegado a vivir en una comunidad terapéutica, «pero me fue mal y he venido voluntariamente otra vez aquí». Es cabo de limpieza en la enfermería y organizar a otros compañeros con el trapo y el mocho le ayuda a sentirse mejor «a hacer algo».

Y., con 33 años, también busca la manera de reducir pena mediante la ayuda a terceros. Lleva dos años en la cálcel por amenazas y le quedan por delante al menos otros tres y medio, que espera poder acortar gracias a su trabajo como preso de apoyo «que no de confianza, que eso no nos gusta». Presta sus brazos y piernas a los reclusos que necesitan silla de ruedas para moverse, a los ancianos, a los recién operados, a los enfermos de corazón, a los mentales. «Estar aquí es muy duro y ayudar me hace sentirme útil, pero también estar trabajando con los médicos y enfermeras te prepara mentalmente, te da más ganas de recuperar tu vida».